

numero

Diecisiete

Buenos Aires

SI, SI; NO, NO

Mayo de 1931

20 centavos

CONSIDERACIONES sobre la Argentina

El humanismo y la herejía protestante habían apartado totalmente a los hombres cuyas ideas informan la civilización moderna de la vida de la inteligencia. Max Scheler ha estudiado el fenómeno del resentimiento que los llevó a exaltar los falsos valores que realmente poseían sobre los verdaderos que no podían alcanzar. Lo cierto es que la civilización moderna se funda en una transmutación de valores como quería Nietzsche; pero de ella ha resultado la primacía de los valores inferiores sobre los altos, de lo transitorio sobre lo eterno, del espíritu antitradicional de hombres carnales y sin inteligencia, sobre el espíritu tradicional que se refiere a la revelación divina y que infunde en la naturaleza la vida sobrenatural. Tendencia encarnada en profesionales, comerciantes, literatos, charlatanes de salón, bajó hasta el pueblo por el peso mismo que tiene la materia y llegó a informar la grotesca civilización democrática que se ha extendido en todo el mundo occidental.

Con los hombres de la Revolución de Mayo se insinuó en nuestro país este falso espíritu antitradicional. La ocasión lo favorecía; se trataba de renegar de España y de abominar por lo tanto del pasado. Además traía el fantasma de la "Libertad", elaborado en la Revolución Francesa, que tan fácilmente toca al sentimentalismo de los pueblos. Se difundió, pues, rápidamente; de sus tristes resultados es inútil hablar porque ahora los vivimos. La gran tradición cristiana de este pueblo, comunicada por la España del Siglo de Oro, quedó interrumpida. Un repugnante "laicismo" — es decir, reducción de todas las cosas a lo más inferior del hombre — se hizo dueño del país. Algunas voces aisladas protestaron en medio de la ceguera general; recordamos la gran voz de Fray Mamerto Esquiú. Era inútil; los hombres dirigentes y el pueblo se lanzaban tras de las quimeras modernas, renegando de la tradición y no era ya posible contenerlos.

Pero existe ahora un estado de inteligencia profundamente hostil a los caricaturescos dogmas liberales. Su fuerza depende de la vida que en él tengan los grandes principios tradicionales. No es un problema de orden práctico sino de orden espiritual, puesto que aquél siempre se subordina a éste. El obscurecimiento de la inteligencia privó al hombre de la verdad y le encerró en la vida de la materia, donde todo es desorden y división. La vida de la inteligencia al restablecer los principios deberá restaurar pues el orden cristiano de acuerdo con la economía permanente de la verdad.

El desorden que trajo esa desviación en que ha nacido y vivido la Argentina, puede resumirse en estas palabras, que son actuales, de Fray Mamerto Esquiú: "El orgullo, la crueldad, el odio, la voluptuosidad, siguen dominando nuestras ciudades y campañas, todas las lenguas rebosan sensualidad, los tribunales, injusticia, las prensas envían al oído de todos palabras de mentira e impiedad, las piedras del santuario yacen disipadas, los pequeñitos piden pan y no hay quien se los dé; ¡cruel como el avestruz, la hija de mi pueblo deja morir en la corrupción e ignorancia a todos sus hijos!"

Los dirigentes y políticos argentinos no advertían la descomposición del país; privados por su formación liberal de la vida de la inteligencia, estuvieron constantemente alucinados por las fantasmagorías de la civilización y del progreso. Adoraban el "Porvenir", veneraban la "Escuela" al propio tiempo que la privaban de toda posibilidad cultural y hablaban siempre de la "Ciencia" mas desconocían la ciencia verdadera. Como carecían de verdaderas ideas, declamaban los ideales y creían firmemente que nuestro país no tiene tradiciones, con lo cual se regocija-

ban, pues podría marchar así, libremente hacia el "futuro". Entendían por "futuro" la absurda idea del progreso indefinido. Creían que el hombre es esa especie humana inferior y degradada que se llama "burgués" y por eso no sabían que pudiera tener otro objetivo que la adoración de la materia ni otra esperanza que aquella de mayores comodidades y satisfacciones corporales. El hombre que contribuía al "progreso" era un "patriota". Progreso y patriotismo han sido casi términos sinónimos. La brutalidad material del progreso encontró el derivado sentimental del "patriotismo". Todo este extraño vocabulario puede advertirse en cualquier discurso de los políticos actuales. Leopoldo Lugones proponía hace poco el modelo de los Estados Unidos que "ha llegado a ser el país más grande y mejor del mundo". Así se ve que no basta rechazar la democracia para no caer en las absurdas ideas liberales. Porque el obscurecimiento liberal priva al hombre del sentido de toda auténtica grandeza.

La idea de patria debe separarse, pues, del contenido que le ha atribuido el liberalismo. Prosperidad, fuerza, poderío económico, grandeza material son los elementos más inferiores que la integran. Solamente la inferioridad intelectual de nuestra época ha podido invertir de este modo las jerarquías eternas y reemplazar los verdaderos valores del espíritu por aquellos que se refieren al orden material y transitorio. Se ha pretendido efectivamente, hacer de esa falsa idea de patria una suerte de religión que exigiría una entrega total de la persona humana. Naturalmente sólo se ha conseguido la oblación verbal de las declamaciones patrióticas. ¿Es posible creer que una concepción semejante corresponda a la dignidad del hombre considerado como ser espiritual? Solamente los valores eternos pueden atraer la adhesión profunda del hombre, solamente ellos pueden arrancarlo del egoísmo individual y reformar su alma enferma por medio de las virtudes teológicas.

Pero la idea de patria no tiene el contenido que le atribuye el falso progresismo liberal. La idea de patria sólo alcanza la plenitud de su sentido si se la refiere a los principios espirituales. Los países también están llamados a cumplir la *voluntad divina*, reconociendo la Verdad y practicando la Justicia. Es la vocación de las naciones manifestada por el Apóstol San Pablo. Es el libre asentimiento de los pueblos al reinado de Jesucristo para que pueda realizarse en la sociedad humana, la verdad divina transformando según dice Soloviev, su vida social y política por medio de la Justicia que no es ese ente

SUMARIO

NÚMERO: Espíritu. — MARIO PINTO: Consideraciones sobre la Argentina. — JUAN OSCAR PONFERRADA: Copla. — CARLOS A. SÁENZ: Religión y cultura. — JACQUES MARITAIN: La Iglesia y el mundo. — DIMAS ANTUÑA: La nube. — ALBERTO PREBISCH: El álbum de Villard de Honnecourt. — IGNACIO B. ANZOÁTEGUI: Cervantes y la Caballería. — CÉSAR E. PICO: Antidemocracia. — J. A. BALLESTER PEÑA: Dibujo. Xilografías de JUAN ANTONIO.



vago de la Revolución Francesa sino la expresión práctica de la Verdad. Esta concepción existió en las grandes épocas de la espiritualidad cristiana y en nombre de ella se realizó el descubrimiento de América. Y a pesar de que los mismos conquistadores en muchas ocasiones la traicionaron, ha vivido en nuestro país, y en conventos y universidades ha dado frutos preciosos de auténtica civilización, cuyos restos se descubren aún en las provincias. Las verdades eternas estaban presentes entonces en la inteligencia de los simples por medio de la fe, la práctica de la oración purificaba las almas y en las fiestas de la Iglesia todo el pueblo participaba de los misterios divinos de la Redención.

La mentalidad liberal, extraña a las tradiciones vivificantes se ha propuesto realizar la civilización "progresista". Pero, como es natural, ésta se confunde cada vez más con la barbarie. Conducido por tales dirigentes — ciego que guía a otro ciego — el país se ahoga y se corrompe de un modo realmente terrible.

La civilización es algo muy distinto de lo que los liberales se imaginan. La civilización — dice Maritain — es un desarrollo verdaderamente humano y por lo tanto principalmente intelectual, moral y espiritual (en el más amplio sentido de la palabra)".

Por consiguiente, la civilización sólo es posible en el orden de la Verdad. Un desarrollo espiritual supone principios espirituales que se refieren al Principio, al Verbo de Dios del cual y en el cual son todas las cosas. Cuando las inteligencias, vencidas por la materia se nublan a la luz de la Sabiduría de Dios que es Jesucristo el orden desaparece y todo se vuelve confusión, tinieblas y pasiones. Suele hablarse de la acción civilizadora de la Iglesia Católica; lo cual induce a engaño porque la civilización pertenece al orden natural y la Iglesia nos conduce al orden sobrenatural de la vida divina. No puede referirse a ninguna civilización particular; está por encima de las culturas y civilizaciones que sólo de ella reciben un verdadero aliento espiritual.

Es lo cierto que la Iglesia, depositaria en la tierra de la verdad eterna, constituye el camino que Dios ha establecido para que hombres y naciones se dirijan a su verdadero fin. Los países deben someterse filialmente al poder espiritual de la Iglesia Madre. Por su jerarquía divino-humana ella únicamente puede transformar el caos político y social del mundo curando la inteligencia enferma de los hombres, arrancándolos a la división de sus enfermas opiniones y unificándolos con su sobrenatural autoridad al incorporarlos al cuerpo místico de Cristo. Ella es, por consiguiente, el único fundamento del *orden social*, puesto que la economía del plan divino *exige* que la reunión de la humanidad con Dios se verifique por medio del orden jerárquico de la Iglesia.

Hay como se vé, un "patriotismo" que no consiste en la simple aspiración al progreso material del país ni en los vagos e

hipócritas "ideales" humanitarios. El repudio del liberalismo sólo puede ser fecundo — de fecundidad espiritual — si va acompañado de una adhesión total a las grandes verdades cristianas. Nuestro país ha nacido en el catolicismo; y fuera del catolicismo muere; tiene una tradición: la verdadera tradición. Sólo ella puede vivificar y transformar las conciencias y sólo en ella, es decir, en el Verbo de Dios puede alcanzar la auténtica grandeza. Los obstáculos de orden práctico con que tropezaba el país han sido en mucha parte superados; no puede debatirse siempre en ellos. El nacionalismo egoísta pretende a la fuerza material, discordante y agresiva. Pero el espíritu tiende a la unidad que debe alcanzarse por medio de la Iglesia entre los hombres y Dios. Como en la gran época de la tradición cristiana la fe viviente haría posible la inteligencia de las verdades eternas y el principio humano del estado reconocería verdaderamente el primado espiritual de la Iglesia. Entonces los hombres se aproximarán realmente a la sabiduría y existirá una civilización que no será por cierto la barbarie a que aspira el liberalismo.

Mario Pinto



COPLA al amor de dos polos

Mundo adentro te recuerde
Y mundo afuera te cante:
Tengo un pájaro en los ojos
Para dos nidos distantes.
Doble vuelo de miradas
Paloma alcance ha de darte
Oculta en mi corazón
Y fugitiva en el aire...

Más allá de la alborada
Y antes de nacer la tarde.
De la sima de tu ausencia.
Al cielo de recobrarte.
En la danza de una estrella
Y el pulso fiel de mi sangre:
Espejos de un solo rumbo
Y aguas de una sola imágen.

Mundo adentro te recuerde,
Y mundo afuera te cante:
Liberta en mi corazón
Y prisionera en el aire.

Juan Oscar Ponferrada

La primera entrega de "Questions disputées" nos ha dado un estudio de Maritain, "Religion and culture", compuesto de observaciones y proposiciones indiscutibles. Para alojarlo en la colección ha sido necesario corregir el prólogo-programa (que el mismo Maritain firma en segundo término y como de lado) con un contra-prólogo que justificara la presencia de este huésped espiritual. Es el destino de tales criaturas, un poco rebeldes a las colecciones, y siempre incómodas. Lo espiritual comporta una luz o una violencia (las dos imágenes expresan lo mismo) que descompone los matices de la suave intelectualidad de los hombres "cultos".

No es esta una de las grandes obras de Maritain, — especie de lección menor, contiene sin embargo gran abundancia de doctrina. Su tema (el humanismo y la Encarnación) está considerado con respecto a las cuestiones prácticas que propone la vida moderna. Esta criatura humana, celestial y terrena por naturaleza, divina y humana por gracia, menos que humana por el pecado, más que humana por la contemplación, no es criatura fácil; ni son fáciles este mundo moderno oscurecido del que formamos parte, y esta Iglesia que peregrina en el ocaso de este mundo de la que somos sus miembros. Los problemas aquí estudiados son los que suscita la *realización de la jerarquía*. Maritain se propone limpiar los principios eternos de sus adherencias sensibles, históricas o científicas, a fin de que se proyecten luminosamente sobre los términos actuales.

Sería difícil comprender la obra de Maritain si no se supiera que uno de sus secretos proviene de León Bloy, y es esa calidad explosiva que le da eficacia espiritual: granos de doctrina en la vulgaridad del discurso. Sólo que en lugar de prodigarlos como el padrino, los oculta en los repliegues de sus incidentales, mientras la frase va y vuelve con la soltura de una aguja de tejer, atando y desatando explicaciones. ¿Recurso de ironía para cubrir la margarita que se arroja al auditorio, hábito pedagógico o actitud defensiva ante especialistas en objeciones y calumnias? Se ve lo que un escritor del siglo pasado llamaría la tragedia de Maritain. Nacido para la libertad del pensamiento y del canto filiales, ha aceptado, por amor, una suplencia dolorosa, y habla desde la cátedra, maestro sin magisterio. Todo está contra él: si calla falta, si denuncia usurpa, si se equivoca no tiene perdón. Eso explica los frecuentes *si j'ose dire*. Pero cuánta nobleza, cuánta grandeza! Quienes le conocen de cerca, refieren sus silencios. Nosotros le debemos un alto ejemplo de dignidad intelectual y algunas precisiones salvadoras.

Carlos A. Sáenz



LA IGLESIA Y EL MUNDO

Mientras la Iglesia tiene sus raíces en el cielo de la vida sobrenatural, la civilización arraiga en la tierra. La civilización es una planta de este mundo, un producto de la vida natural. De ahí que una civilización, aunque sea una civilización cristiana y por ende sobrenaturalmente elevada en su orden por las virtudes cristianas, y por su subordinación a un fin último sobrenatural, sigue siendo sin embargo una cosa temporal, una cosa falible, una cosa que pertenece a la esfera de la naturaleza.

Guardémonos pues de identificar a la Iglesia con la civilización, así sea una civilización cristiana, y guardémonos igualmente de confundir el Catolicismo con el mundo católico. La Iglesia, el Catolicismo, son cosas esencialmente sobrenaturales, supra-culturales, cuyo fin es la vida eterna. En tanto que la civilización cristiana o el mundo cultural católico, son una civilización, un mundo, cuyo fin especificador, aunque esté ordenado a la vida eterna, es, en sí mismo, de orden temporal y perecedero.

La Iglesia, pues, cuerpo místico de Cristo, sociedad sobrenatural, tiene un vínculo, un espíritu social sobrenatural que es el Espíritu Santo. Ahora bien, por un fenómeno natural, demasiado natural, puede ocurrir que una erupción de *sociologismo espontáneo* venga como a parasitar nuestra conciencia, de manera que empecemos a sentirnos en la comunidad católica como en una comunidad natural o temporal, llegando así a identificar *nuestra causa* con los intereses del Catolicismo mismo. De entender así las cosas nuestra religión resbala, desciende, se vuelve prácticamente un naturalismo. El Espíritu Santo no es un espíritu de clan o de partido.

Este pecado, que consiste en tratar al Catolicismo como si fuera una civilización terrenal, o una nación de la tierra, nos lleva luego a pedir para él y para su divina verdad la misma clase de triunfos que pediríamos para las cosas de este mundo. Un imperialismo *in spiritualibus* pretende así enfeudar el Catolicismo en una civilización; esto produce el nacionalismo *in spiritualibus*, y los dos pecados que tienen el mismo origen han pesado y pesan con un peso tan grande en la historia de los pueblos cristianos que ya es urgentísimo denunciarlos. Bajo la nueva Ley esos pecados nos traen una ceguera tan grande como la de los judíos carnales bajo la Antigua — y cegueras de esa clase cuestan muy caro!

Los católicos no son el Catolicismo. Los pecados, la pesadez, las omisiones, el sueño de los católicos no comprometen al Catolicismo. El Catolicismo no tiene por misión cohonestar las faltas de los católicos. La mejor apologética no consiste en justificar a los católicos o excusarlos cuando no tienen razón. La mejor apologética subraya sus desvíos, denuncia sus faltas, y pone en claro la virtud de una religión que vive siempre a pesar de ellos.

La Iglesia es un misterio; tiene su cabeza oculta en el cielo y lo que de ella se ve no la manifiesta adecuadamente. Si alguno quiere ver lo que la representa sin deformarla, que mire al Papa y al Episcopado enseñando la fe y las costumbres, pero que no nos mire a nosotros. Nos-

otros somos simples pecadores. Leibniz pretendía justificar a Dios mostrando que la obra salida de las manos de este obrero perfecto era, en sí misma, una obra perfecta. Y la verdad es que la imperfección radical de toda criatura es lo que mejor atestigüa la gloria del Increado. Así la Iglesia: su grande gloria es ser santa con miembros que son pecadores.

Nunca pondremos bastante cuidado al rendir homenaje práctico a estas verdades. Y para no referirnos sino al lenguaje corriente, es cosa de admirar tantas *buenas prensas, buenos cines, buenas novelas, etc.*, que se ofrecen generosamente y hasta con una indudable buena voluntad, como los vehículos oficiales del bien. ¿Toda revista católica no se propone, sobre todo si es revista de jóvenes, de ser el *órgano de la renovación católica contemporánea*? Y si es una revista de doctrina o de información, ¿no nos da acaso una *idea completa del pensamiento católico y de la actividad católica en nuestros días*? Eso lo veremos el día del Juicio: quizá los abonados se queden un poco sorprendidos.

Admiremos tanto literato católico que está persuadido de que sus obras constituyen la literatura católica, vale decir, ni más ni menos que la literatura de Dios! Lejos de nosotros pretender que las cosas de la gracia no puedan ser asunto de fic-



ESPIRITU

Aire, viento, el hermano viento. Aire que entra en los pulmones y "refresca" la sangre. Aliento que sale del hombre, aire espirado: espíritu. Aliento sacramental que sopla tres veces sobre la cara del infante. Aliento sacramental que sopla una cruz sobre la cara del adulto. Aliento llevado sobre las aguas en figura de psi. Aliento de la palabra que sale del hombre, espíritu que expr. su espíritu, espíritu de espíritu, voz de verbo. Espíritu del hombre: espíritu recibido en el barro, aliento de Dios en el barro. Espíritu donde se forma el verbo del hombre. Espíritu que sólo la palabra de Dios, como una espada, divide del alma. Espíritu donde se debe ser pobre, donde se debe ser humilde. Espíritu que manda a la carne y es mandado. Espíritu que sale de la carne en la hora de la muerte. Espíritu que asumirá la carne en la hora del juicio. Espíritus de los nueve coros, que se pasan la luz. Espíritus que agitan las tinieblas. Angeles: enviados. Angeles caídos.

Pero uno solo Santo, uno solo Señor, uno solo Vivificante, uno solo sopla donde quiere: sobre las aguas, sobre los Profetas, sobre la Virgen, sobre los Apóstoles (viento, voz, sombra, fuego), sobre la santa Iglesia. Uno solo adoramos.

NUMERO

ción o de novela: son más íntimas a la vida humana que la vida misma; ¿cómo podría hacer abstracción de ellas un novelista? Pero se le exige que no las achique en su obra, y que respete su trascendencia, ese profundo secreto que llevan y que es como el sello de las obras divinas. No, no conviene medir las vías de Dios con nuestras veredas, ni siquiera para darles razón a la manera de Leibniz, Malebranche o los amigos de Job — o como lo vienen haciendo ciertas obras de imaginación que parecen defender la causa de Dios como si Dios tuviera necesidad de ser perdonado. Las obras de Dios están justificadas en sí mismas. La novela que Dios compone desde el principio del mundo es una novela terriblemente limpia de todo acomodo apologético y de todo *parti-pris* de política confesional. Dios ha escrito la Biblia como gobierna el Universo y él mismo nos entrega, en esas dos obras, el modelo soberano de toda creación inspirada...

Esa *temporalización o naturalización* de la religión que hemos señalado tiene por consecuencia transformar mentirosamente en las conciencias el Catolicismo en un partido, y el pueblo fiel en sectarios de un partido. Transformación que aparece con caracteres visibles en el estado de espíritu de los antisemitas para quienes el Reino de Dios se manifiesta a fuerza de *progroms* — y en esas personas para quienes todos los males de esta vida vienen de una conspiración mundial permanente de los malos contra los buenos! Otro signo de esto hallamos en los que parecen encarar la conversión de un alma como un refuerzo estratégico logrado para un ejército... No, una conversión no es una operación política o militar: las operaciones de esta clase si llegan a perder el terreno ganado son irremediablemente operaciones fracasadas. Pero un alma que vuelve a Dios, aun cuando ocurra que luego no persevere visiblemente, es un acontecimiento inscripto en el cielo, es un testimonio que tiene un valor en sí mismo, y contiene una promesa cuyo cumplimiento final escapa a nuestros ojos.

El Catolicismo no es un partido religioso, es la religión, la única religión verdadera. El Catolicismo se alegra sin envidia de todo lo bueno que se hace en este mundo, aun de lo que se hace fuera de sus fronteras, porque todo lo bueno que se hace sólo está *en apariencia* fuera de sus fronteras. Todo es nuestro, dice el Apóstol, todo pertenece a los que son de Cristo. La expansión del Reino de Dios no tiene ninguna medida común con las conquistas de la tierra. Si los soldados de Luis XIV molestan o martirizan a los hugonotes, con eso no adelanta el Reino de Dios. Si en un país que los cismáticos oprimían, los católicos se hacen más fuertes y oprimen a los cismáticos, con eso no gana nada el Reino de Dios. Si la integridad de la doctrina o la integridad de las virtudes sirve para cimentar el orgullo de un grupo o de una casta; si la beneficencia sirve más para reclutar adherentes y hacerse de relaciones que para servir realmente a la Pobreza, en eso no gana nada el Reino de Dios. Nos está mandado obrar de otro modo y la Iglesia obra de otro modo. Delante de las almas la única postura conveniente es la del servidor. El ejemplo nos ha sido dado una vez por todas. La lucha que nos ocupa aquí es la lucha que Peguy llamaba de *la mística y la política*, o, para decirlo con un vocabulario más exacto, la lucha de lo espiritual y lo temporal. Para ilustrar este combate, y lo que ya hemos dicho de la trascendencia de lo espiritual, consideremos un

momento la historia de la Armada Inven- cible: un Rey católico, los rezos de toda España, la defensa y la expansión por el orbe de *la causa de Dios*, el ahogo, la extirpación del foco mismo de la herejía, ¿no se imponía un nuevo Lepanto? Dios mismo se encargó de responder: un soplo de viento sobre el agua y toda la Inven- cible que da en el fondo!

Si creemos, como estamos obligados a creer, que Dios gobierna, es necesario concluir que, en el orden de la Historia, Dios tiene en vista, ante todo, su Reino y sus santos, y separa, de una manera des- piadada, los intereses de su gloria y los de las banderas que se imaginan servirle. Sin duda, los méritos de los mártires de Tyburn (y los méritos de las recupera- ciones futuras, de las que no podemos tener idea) importaban más a los designios divinos que el triunfo de Su Majestad Ca- tólica. Réplica artificial y torturada de san Luis de Francia, Felipe II parece uno de esos saurios gigantes en los que viene a terminar un phylum paleozoico. Toda su obra tiene una significación claramente caracterizada: nos presenta, llevados a ese extremo donde la virtud se trueca en vicio, y puesta en una tiesura de orgullo y con una falta de sentido que la Edad Me- dia (cualesquiera que hayan sido sus de- fectos) nunca erigió en sistema, la con- cepción medieval de *lo temporal instru- mento de lo espiritual* — pero aquí el ins- trumento, soldado a la mano, atándola en su libertad, ¿cómo podía no correr el al- bur de perderse?

La verdadera Edad Media está en San Luis. San Luis nos ofrece su más autén- tica figura. Con él lo temporal es verda- deramente, con toda la dignidad y la hu- mildad que lo temporal comporta, ágil, li- bre, realmente ordenado y subordinado, el medio de encarnación de lo espiritual. Ahí es donde el problema de la realeza cristiana se nos ofrece con todas sus di- mensiones y proporciones exactas. Y este problema es, tomado en el caso parti- cular más eminente y más puro, no un problema de excepción, sino el problema común de *la actividad temporal cristiana*. Es el problema que se nos presenta a cada uno de nosotros, a cada uno de los que procuramos ser *fieles* trabajando en el mundo.

Desde el punto de vista del éxito, nues- tro trabajo es ingrato: ¿un cordero no pretende imponer sus puntos de mira a los lobos? No olvidemos que san Luis no fué un gran victorioso; fracasó en las cruzadas, fué vencido. Pero no de la mis- ma manera que Felipe II. En san Luis tanto los fracasos como las victorias no hicieron sino llevar más lejos su fuerza y su influencia. Las energías del espíritu pasaban al instrumento que este rey ma- nejaba. Lo temporal participaba en él de algún modo de la ley de lo espiritual y en- traba en las operaciones de esa aritmética divina donde todo se enlaza al revés del sentido, donde los primeros son los últi- mos y donde los obreros que no han he- cho nada durante once horas sobre doce, reciben el mismo salario que los que han trabajado todo el día.

Distinción escolástica: en un instru- mento hay dos funciones que considerar, su causalidad propia y su causalidad ins- trumental. En el caso de lo temporal la relación finísima entre las dos funciones impone una medida variable a los entre- tejidos sin fin de las ganancias y las pér-

didias. En el orden propio de lo temporal, en cuanto lo temporal vale por sí mismo (aunque esté ordenado a fines más altos), en cuanto lo temporal salvaguarda su bien propio y ejerce su propia virtud, lo que vale para el desenlace decisivo es perder o ganar. Aquí debemos querer terrible- mente, violentamente la victoria, pues ella tiene una importancia biológica, y el no alcanzarla equivale a morir.

Pero en cuanto lo temporal obra como instrumento de lo espiritual y sirve al orden propio de lo espiritual, lo que vale para el desenlace decisivo no es el éxito de la batalla, sino la manera como sea librada la batalla y las armas de que nos valemos en ella. ¡Armas de luz! ¡Armas de verdad, de lealtad, de justicia, de inocencia: que nuestras armas sean limpias! Seremos vencidos, eso está previsto. Los historiadores y los políticos tienen razón de sobra cuando nos lo avisan. Pero ¿es posible ser vencidos? Por una apuesta que no es biológica, sino espiritual, ganar o

perder, mientras sea con armas limpias, es siempre, y puramente, ganar.

No basta comprender que las cosas del tiempo deben ser, con el doble título que acabamos de especificar, medios de lo es- piritual. (No medios de lo espiritual que impongan la ley de la carne y del pecado a lo eterno para hacerlo triunfar aquí abajo, cosa que sólo es una sacrílega pre- varicación, sino medios temporales some- tidos en sí mismos a la ley suprema del espíritu.) Es necesario además penetrar- se bien de qué hay una cierta jerarquía de medios temporales, dentro de los me- dios temporales buenos en sí mismos, le- gítimos y normales. Está el trabajo del soldado y el trabajo del campesino; está el del político, el del poeta, el del filósofo; están las obras que hacemos nosotros, los fieles comunes, los cristianos de la mu- chedumbre, y están las obras que hacen los santos; y están también las obras de los santos que tuvieron un deber tempo- ral, como san Luis, o una misión tempo- ral, como Juana de Arco, y están las obras de los santos libres de tales cargas.

Pues bien, cuanto más ricos de materia son esos medios temporales, cuanto ma- yores son sus exigencias propias y las con- diciones que requieren, más pesados se hacen y más incómodos. Y más también (según la ley que hemos indicado) una cierta medida de éxito temporal está re- gularmente descontada para tales medios. Quien pierda su alma por mí, la ganará, dijo el Señor. Pero no dijo: Quien pierda su reino por mí, lo salvará. San Luis fué un buen administrador de su reino y acre- centó su fuerza y su prosperidad. Tam- bién, sujeto por la fuerte mano de los de- cretos eternos, el soldado romano sometió el mundo a sus armas que preparaban sin saberlo la arena adonde la Iglesia libra- ría sus primeros combates. Más profun- damente todavía: ¿qué peso de gloria no hay para lo temporal en la historia de los Patriarcas y la larga preparación según la carne de la Encarnación del Verbo! Obra del tiempo pero de una importancia eterna, en cuyos menores lizos Dios es- taba personalmente interesado; paradigma de la santidad natural, me atrevería a decir, y de toda obra bien hecha y bien nacida.

Podemos llamar *medios temporales ri- cos* aquellos que, metidos por su misma índole en el grosor de la materia, exigen de sí una cierta medida de éxito tangi- ble. A causa de esa condición, la ley evan- gélica de inversión de los valores y de in- molación, que es la ley suprema de lo es- piritual, no los toca sino imperfectamen- te: sobre ellos sólo pasa la sombra de la Cruz. Estos medios son los medios propios del mundo; el espíritu los ase como robán- dolos porque no le son propios. De hecho, después del pecado de Adán, pertenecen al dominio del príncipe de este mundo. Oficio nuestro es arrancárselos en virtud de la sangre de Cristo, y sería absurdo desdeñarlos o desecharlos; son necesarios, forman parte de la trama natural de la vida humana. La religión debe consentir que esos medios la ayuden, pero, para la salud del mundo conviene que sea salva- guardada la jerarquía de los medios y sus justas proporciones relativas.

Pues hay también, y a esto quiero ve- nir, otros medios temporales que son los medios propios del espíritu: son los *me- dios temporales pobres*: La Cruz, por ejemplo. Estos cuanto más livianos de ma-

LA NUBE

Vigilia de la Ascensión del Señor

Mañana estará luciente aquella palabra del Gloria: Tú sólo Altísimo. Mas los días desde el alba de Pascua no pasaron ociosos: Jesús conversó en ellos loquens de Regno Dei. Dijo su viaje. Ninguno fué curioso de preguntar adonde. Dijo cómo en el Padre de las luces (mientras el hombre mira en un espejo la figura de su nacimiento, y apenas mirándose se distrae, y se olvida), no hay mudanza, ni sombra de visicitud. Mas no pasaron ociosos los días para la obra de Dios, ¡oh Lucifer que unes lo divino a lo humano y las cosas del cielo a la tierra! Estrella (o demasiado abierto jazmín) que no te pones: parece que vas a deshojarte desprendido del cuerpo que labró la Virgen. Ha quedado en los árboles, desde Abril, un rayo de oro de tu despertar; Mayo al buscar tu gloria halló el leño desnudo, inventó unas hie- dras rojas; ahora, crecido el tiempo, contagio de su color, niebla de nieve que viste un árbol de oro, ya vestido de luz como de sábana te confesamos! Y no va a faltar mañana, sobre la grosura de oro del follaje, una nube. Pero ¿qué estáis mirando al cielo? Lo recibió una nube y lo ocultó a los ojos: a aquel cuerpo de cera que formó la abeja lo recibió una nube blanca y lo ocultó ¿qué estáis mirando al cielo? El que cautiva a la Cautividad pone sus dones en el hombre; la nube blanca que lo oculta tiene sabor de pan.

Dimas Antuña



teria, cuanto más despojados y desnudos y poco visibles, tanto más son eficaces. Son medios para la sola virtud del espíritu; son los medios propios de la Sabiduría, que no es muda, que grita en las plazas y que, puesto que le es propio gritar así, necesita de algo para hacerse oír. El enorme error está en pensar que los medios mejores para ella son los medios más poderosos, los más voluminosos y mejor organizados.

Lo espiritual puro es una simple actividad inmanente, es la contemplación cuya eficacia propia para mover el corazón de Dios no mueve ningún átomo de la tierra. Quien más se acerca a lo espiritual puro más se despoja de la materia en los medios temporales que emplea. Estos medios temporales pobres, demasiado tenues para ser detenidos por ningún obstáculo, llegan adonde no llegan los más poderosos equipos. En virtud de su pureza atraviesan el mundo de parte a parte — *propter suam munditiam*. Y como no están ordenados a triunfar palpablemente, como no llevan en sí ninguna exigencia interna de triunfo temporal, participan, en lo que toca al efecto espiritual que deben alcanzar, de la eficacia propia del espíritu. Cuando Rembrandt pintaba, cuando Mozart, cuando Satie compusieron sus obras; cuando santo Tomás escribió la Summa y Dante la Commedia; cuando el autor de la Imitación escribió su libro; cuando san Pablo escribió sus epístolas; cuando Platón y Aristóteles hablaban a sus discípulos, y cuando cantaba Homero, y cuando cantaba David, y cuando los Profetas profetizaron sus profecías, los medios puestos en práctica fueron *medios temporales pobres*.

Consideremos al hombre espiritual por excelencia. ¿Qué medios temporales tuvo la Sabiduría encarnada? Predicó en villorrios; no escribió libros (un libro tiene demasiada materia), no fundó diarios ni revistas; no preparó discursos ni conferencias: tuvo por única arma la pobreza de la predicación. Abrió la boca y comunicó a los corazones el rocío del cielo. ¿Y qué libertad la suya! Si hubiera querido convertir el mundo por *los poderosos medios*, por los medios temporales ricos, según los métodos norteamericanos, ¿qué le hubiera sido más fácil? ¿No hubo acaso quien le ofreció todos los reinos de la tierra y su poder? — *Haec omnia tibi dabo*. ¿Qué ocasión estupenda para el apostolado! Nadie volverá a encontrar otra semejante... ¡y la Sabiduría que la rehusó!

El mundo se viene abajo de pesadez y no se renovará si no es por la pobreza espiritual. Querer salvar las cosas del espíritu empezando por ir a traer para servir las los más poderosos medios del orden material, es una ilusión corriente. Son muchos los que quieren encargar la salvación de las almas al gran Minotauro moderno, al equipo técnico, a la estrategia de los grandes negocios financieros; fundan Bancos, organizan trust mundiales para el éxito mundial del Evangelio... Sería una hipocresía negar que el apostolado y toda obra espiritual tienen necesidad de dinero: lo tienen como el hombre tiene necesidad de alimento. Hace falta dinero, hace falta mucho dinero para las misiones, para las escuelas, para tantísimas buenas obras. Pero no se trata de eso, sino de que el dinero puede ser empleado *como medio temporal pobre* (en cuyo caso se le gasta para procurar las cosas que hacen falta) o *como medio tempo-*

ral rico (en cuyo caso se crea con él mecanismos de gran colecta que producen renta y procuran más dinero). Con la soltura divina de la santidad el beato Cottolengo atestigua a la faz del mundo moderno a qué punto el dinero aunque afluya en abundancia, puede ser un medio de pobreza. Pero lo que hace del mundo moderno un verdadero demonio de tentación eficaz es que propone y vulgariza de tal modo los medios temporales ricos, grandes, pesados, organizados, aplastantes, y los emplea con tal ostentación e insolencia y con tal poder, que hace creer que los tales medios son los principales. Son los principales para la materia: no son los principales para el espíritu.

Cuando David resolvió afrontar a Goliath ensayó primero la armadura del rey Saúl. Era muy pesada para él, David es el espíritu. Pobre Saúl, deplorable figura del poder temporal regiamente equipado para servir el orden de Dios y combatir al demonio. Pobre Saúl. David también, cuando fué elevado a rey, David también pecó. Pero David se arrepintió. Y Jesús cuando entendió que habían de venir para arrebatarse y hacerle Rey, huyó otra vez al monte, él solo.

Jacques Maritain

De "Religion et Culture". Versión de "Número".



Dibujo de J. A. Ballester Peña

EL ALBUM DE Villard de Honnecourt

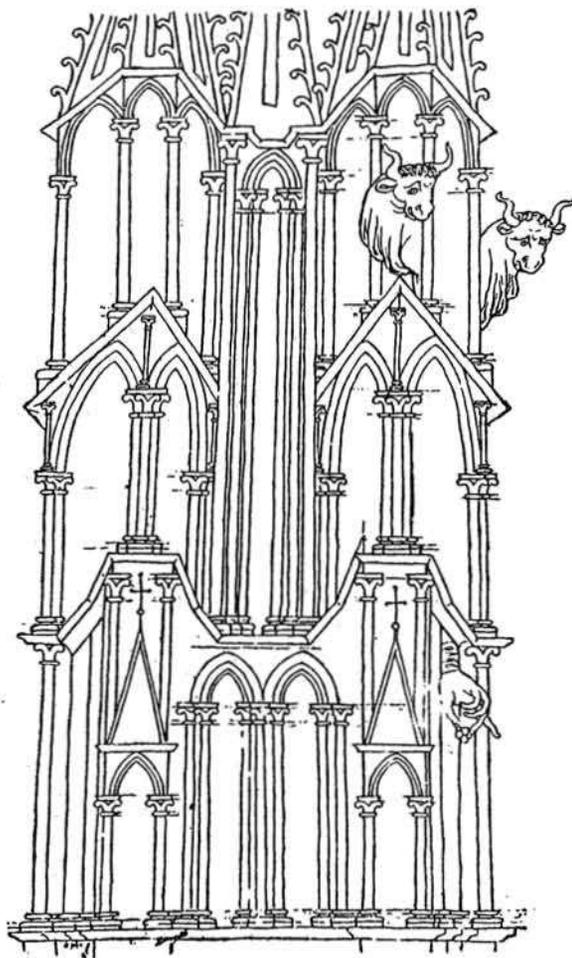
Villard de Honnecourt, arquitecto picardo del siglo XIII, nos ha dejado, además de las obras de su oficio, este álbum admirable. J. B. Lassus lo publicó íntegramente en 1858. Lassus, discípulo del gran Labrouste — el autor de la Biblioteca de Santa Genoveva y de la Sala de Lectura de la Biblioteca Nacional de París — empeñado en una campaña de racionalización de la arquitectura francesa del siglo XIX, encuentra en el Album de Villard un sólido y eficaz apoyo. La arquitectura se debatía a la sazón en los convencionalismos canonizados de un neoclasicismo académico, vana colección de fórmulas muertas. Era necesario para salvarla encontrar un sistema apoyado no tan sólo, como el que se intentaba destruir, en frágiles consideraciones estéticas, sino que fuera además la expresión lógica de una manera racional de construir. Qué mejor para el caso que el estilo de las grandes catedrales? Una formidable base racionalista sostiene la audacia ascendente de sus formas. Los neogóticos se refugiaron en él con un entusiasmo y un sincero amor que compensa en parte la inocuidad comprobada de sus esfuerzos. Los neogóticos entendieron pasablemente todo lo que se refiere a la construcción medioeval. Pero se les escapó lo más importante, o sea el espíritu que la animaba. No advirtieron suficientemente la naturaleza especial de la lógica gótica, puesta al servicio de una voluntad de expresión de que ellos carecían, *de que su época carecía*. La construcción gótica se apoya en lo racional para conseguir fines supraracionales. Pero los neogóticos no han visto en ella — como lo hace notar Worringer — más que los valores lógicos, careciendo de órganos adecuados para percibir los valores supralógicos. Y en sus restauraciones y creaciones originales levantaron ese gótico seco, inánime, mezquino, que no parece engendro del espíritu sino producto puro de la regla de cálculo.

Una arquitectura cuya lógica no está enderezada hacia un objeto práctico directo ha sido tomada como un modelo de lógica susceptible de aplicaciones sin objetivo espiritual. El arbotante, órgano de sostén de una lógica irrecusable, sólo se justifica *dentro de la lógica gótica*: es un recurso, un rebuscamiento constructivo para obtener un fin expresivo ajeno a la razón práctica: la necesidad, de orden espiritual y no práctico, de aligerar los soportes internos de las bóvedas, desviando al exterior sus esfuerzos.

De los numerosos recursos constructivos con que la lógica gótica se expresaba es una prueba preciosa el Album de Villard de Honnecourt. No sólo la arquitectura le preocupa. Villard viaja y va "en beaucoup de terres" como su libro lo atestigua, mostrándonos diseños, ejecutados con mano maestra, de las cosas más notables que ha visto o imaginado. Le interesan todos los problemas de la mecánica, desde el movimiento continuo — para obtenerlo nos describe un aparato tan ambicioso como ineficaz — hasta la instalación de un aserradero hidráulico y el sistema de levantar las piedras de construcción a una gran altura. Hombre de "chantier", artesano de manos rudas, la arquitectura no

constituye para él un simple problema estético. Su ingenio práctico se ejercita en la resolución de todos los problemas que el edificio en marcha plantea al constructor. Y lo sentimos así gozando de su oficio en el contacto diario e íntimo con la materia que trabaja.

Alberto Prebisch



Dos dibujos del álbum de Villard de Honnecourt



CERVANTES y la Caballería

Hace más de trescientos años Miguel de Cervantes se propuso terminar con los libros de caballerías. Para eso escribió una novela de sentido común. La obra se mantuvo ignorada por espacio de mucho tiempo, y por fin el Romanticismo la sacó a la celebridad. Desde entonces Miguel de Cervantes goza de una fama mundana mayor que la del Espíritu Santo.

Los méritos del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha son bastante indiscutibles. Los defectos que un lector moderno pudiera encontrarle son los defectos comunes a los escritores de aquella época: la faramalla retórica y las preocupaciones moralistas — que pertenecían también a la Retórica — interrumpen a cada paso el espectáculo de la pura creación. Donde sí tiene originalidad Cervantes es en su idea de la vida caballeresca: la originalidad de haberse equivocado entre todos los de su tiempo.

La locura de Don Quijote es la de un perfecto ignorante de los libros de caballerías. Cervantes creía que los caballeros eran simples muñecos movidos por un heroísmo desordenado. Para él todas las acciones se presentaban con ese aspecto; el resto quedaba fuera de la moral caballeresca. El protagonista debía ser siempre un visionario del honor, sin otro fin sobre la tierra que amar tontamente a una mujer y meterse en las haciendas ajenas para enderezar engaños.

Con esta idea de la Caballería, Cervantes creó su personaje.

Pero la Caballería resultaba ser una cosa muy distinta. El caballero era un hombre tan hombre como cualquiera de nosotros. Su moral se parecía bastante a nuestra inmoralidad. A ratos era valiente y a ratos hasta podía ser cobarde. Asumir el heroísmo como una profesión, porque había que vivir de algo, pero no sabía desprenderse de su humanidad. Y es por esa humanidad que se halla cerca de nosotros. Lo mismo peleaba por un caballo que por robarse la mujer de un amigo, y desbarataba un ejército lo mismo que una doncella sola en el descampado.

Cervantes era realista y por eso creía en lo infrahumano como expresión perfecta de lo humano. Creía en la realidad de los caminos y no le interesaba mucho la realidad de las almas. Lo sobrenatural para él entraba siempre en el dominio de la locura. No concebía que un hombre pudiera conservar su condición humana y portarse como hombre en un ambiente de milagros: tenía que convertirse necesariamente en un payaso, porque dentro de lo irreal — es decir, de lo sobrenatural — sólo era posible lo falso. Cervantes no pudo nunca acostumbrarse a la idea de que el milagro pertenece al orden de la creación: le faltaba indudablemente el sentido religioso de la vida. El milagro es un recurso como cualquier otro: un recurso de Dios o del novelista, que se emplea, ya para solucionar una situación insoluble por los medios comunes, ya para hacer más entretenida la vida del mundo o de la novela.

El novelista es el dueño exclusivo de los destinos que inventa, como Dios es el amo de las cosas del mundo. De Dios y del novelista sólo debemos esperar sinceridad en la creación de sus personajes, nunca realidad en los hechos. A nadie se le ha ocurrido discutirle a Dios el dere-



Grabados de "La historia de los nobles caballeros Oliveros de Castilla y Artus Dalgarbe"

cho de meter a los hombres en aventuras fantásticas — la misma vida es la mayor aventura, — ni de regalarles todos los días una serie de milagros distintos. Nadie diría que Dios está falsificando la realidad.

Los milagros de los libros de caballerías — siendo, como tales, de orden sobrenatural — pertenecen a un género inferior dentro de los milagros. Son los milagros fáciles; los encantamientos sin importancia, donde las fuerzas infernales juegan al descubierto en favor o en contra de una empresa determinada. Lo fantástico, ahí, consiste simplemente en que el juego se hace visible. Esta es una manera muy legítima de ver la realidad.

Hasta el Renacimiento todos los escritores la veían así. Es que antes los artistas eran honradamente religiosos y se trataban mano a mano con lo sobrenatural.

La Edad Media podía vivir perfectamente codeándose con los milagros. Los hombres creían en la existencia de Dios y del demonio; y también creían en las fuerzas de Dios y en las fuerzas del demonio. Hoy los hombres creen en las mismas cosas pero las refieren siempre a la otra vida. Son simples abstracciones, desprovistas de presencia en el panorama del mundo. Para el hombre medioeval Dios y el diablo viven sobre la tierra, habitan en las ciudades y están presentes en todos los asuntos. Pueden ser nombrados alcaldes o burgomaestres en cualquier descuido. Intervienen en todos los actos de los ciudadanos, y por eso cada acto se define siempre en favor o en contra del uno o del otro. El hombre, al obrar elige verdaderamente entre Dios y el diablo. Si peca, lo hace en presencia de Dios: así se explica claramente que el pecado, como lo enseña la Iglesia, sea una ofensa real, cometida conscientemente contra Dios. Después de la Edad Media se ha hecho difícil de comprender este carácter substancial del pecado. El hombre cree en la omnipresencia — palabra que encierra en en sí una impresión difusa — pero no tiene ya como antes la certidumbre de la presencia. Las acciones morales no se traducen ya en traición o lealtad hacia Dios, sino que parecen simples renglones de una cuenta pagadera al final de los tiempos. El hombre de la Edad Media podía comprender perfectamente la parábola de los dos señores, porque él veía a los dos parados delante de sus ojos.

Así se explica la excitación religiosa y la cotidiana expectativa del milagro en que vivieron los hombres de aquella época. En todas las cosas reconocían las fuerzas de Dios y las fuerzas del diablo: en

una piedra, en un alma o en una aparición.

Ellos estaban demasiado acostumbrados a los milagros para que se les ocurriera dudar de los prodigios. La vida imaginativa de las novelas era menos fantástica que la vida real de los hombres: es que la imaginación de un novelista no podrá nunca llegar a las excentricidades de la imaginación de Dios cuando se desata.

Y así la realidad de las novelas de caballerías resultaba aun menos milagrera que la realidad de los caminos medioevales.

Cervantes encarna al hombre del Renacimiento. Con las luces de la Razón — diosa encandilada y cegatona — buscó la realidad por los campos de la Edad Media. Los vio sembrados de ruinas y pensó que esas ruinas eran la representación de toda una vida. Se olvidó de que no eran más que las ruinas de una edad, porque Dios se había cansado de mantener al mundo en tanta gloria. Se olvidó de que en esos campos florecieron milagros y prodigios, y hombres que repartieron sus ojos entre los prodigios y los milagros y lo creyeron todo porque sabían que Dios y el diablo estaban detrás de aquello. Hombres que tenían confianza con Dios y conocían además todas las mañas del demonio.

La Caballería es uno de los más terribles misterios de Occidente. Hay en las vidas de los caballeros un incomprensible

simbolismo perfecto que las levanta irremisiblemente hacia Dios. Todo aparece en ellas ordenado para un fin misterioso, por el camino de la humanidad. El hombre anda por el mundo y Dios le da la mano y lo lleva a lo sobrenatural. Son las viejas jugarretas que hoy nos contentamos con llamar instituciones iniciáticas.

Don Quijote sólo tiene de los caballeros la locura de los ojos. Cervantes se los puso así para que siempre resultara errando en las cosas de su siglo. Ante su vista le levantó el torcido simulacro de un mundo para divertirse con sus equivocaciones; y le sometió a su tremenda monomanía idealista, sin darse cuenta de lo que hacía, tal vez para vengarse un poco de todo el idealismo.

La gloria de Cervantes reside en haber creado al admirable Loco; el error de Cervantes, en la creación del falso caballero, por la absoluta incomprensión de la Edad Media.

Entre Don Quijote y los caballeros antiguos existe una distancia insalvable: el primero es un loco; los segundos son hombres auténticamente cuerdos. Ante la realidad — deformada por su propia locura — Don Quijote reacciona desordenadamente; ante los verdaderos prodigios los caballeros reaccionan como hombres.

Pero la locura de Don Quijote no está sólo en sus ojos: eso parecería más bien una ilusión que una locura. Está en su inhumanidad, es decir, en la deformidad de su alma y de sus sentimientos. Don Quijote es la caricatura del ideal: un ser puramente intelectual, vestido de caballero y con aventuras de caballero; un ser que resultó lo contrario de un hombre. Don Quijote es hombre recién cuando se desilusiona de su idealismo, poco antes de "acostarse a morir": es el hombre que ha vivido engañado y se recupera a sí mismo.

Los caballeros de las novelas, en cambio, nacen perfectamente desilusionados: por eso son cuerdos. Creen en Dios y en el diablo, y por eso creen en los milagros y son cristianos. Pecan como los demás hombres y también saben resistir al pecado. Su idealismo no excede en ningún momento a su humanidad. Son fieles a Dios, pero a veces les gusta que los ayude el demonio. Son fieles a su señor, pero muchas veces les gusta la mujer de su señor. Defienden a las doncellas, pero a menudo se cobran en sus cuerpos los servicios que les hicieron.

Este es el espectáculo que ofrece la vida caballeresca. A un siglo de distancia Cervantes ya no la comprendía.

Ignacio B. Anzoátegui

número

REVISTA MENSUAL - 25 DE MAYO 11

REDACTORES: Emiliano Aguirre, Nímio de Anquín, Dimas Antuña, Juan Antonio, J. A. Ballester Peña, Héctor Basaldúa, Francisco Luis Bernárdez, Rómulo D. Carbia, Víctor Delhez, Francisco Durá, Miguel Angel Etcheverrigaray, Jacobo Fijman, Rafael Jijena Sánchez, Carlos Mendióroz, Emiliano Mac Donagh, Rodolfo Martínez Espinosa, Ernesto Palacio, Alberto Prebisch, César E. Pico, Mario Pinto, Carlos A. Sáenz.

SECRETARIOS: Ignacio B. Anzoátegui, Osvaldo Horacio Dondo y Mario Mendióroz.

Número suelto: veinte centavos
Suscripción anual: dos pesos

ANTIDEMOCRACIA

Hay dos maneras legítimas de considerar una teoría política. Se puede abstraer su contenido esencial y considerarlo teóricamente y se puede estudiar ese mismo contenido sin separarlo de la realidad histórica que lo encarna. En el primer caso la valoración depende no sólo de la veracidad doctrinaria, sino principalmente de la posibilidad de eficacia que dicha doctrina pueda ofrecer a la mirada escrutadora de la prudencia. En el segundo caso la valoración se ejerce sobre una realidad o complejo histórico y, por consiguiente, hinc sus raíces en el humus fecundo y oscuro de los hechos.

Así puede considerarse la doctrina política llamada democracia: por un lado tenemos la noción abstracta de la democracia como forma de gobierno, y por otro la democracia realizada en la historia y especialmente en nuestros tiempos.

Es elemental la definición de la democracia como simple forma de gobierno. Como lo indica la misma etimología de la palabra, la democracia consiste en el ejercicio de la soberanía, en su expresión concreta, por el pueblo mismo o sus representantes, con prescindencia absoluta de toda calificación, de toda aptitud diferencial y natural para el gobierno que puedan tener los individuos que integran la colectividad. Decimos "ejercicio de la soberanía en su expresión concreta" que es el gobierno, para distinguirlo de la posesión informe e inmediata de la soberanía que toda la tradición acuerda al pueblo sin que ello implique democracia. Así, el pueblo puede prestar expresa o tácitamente su asentimiento a una monarquía o a una aristocracia renunciando él mismo a la asunción concreta del poder. En las verdaderas democracias no hay reconocimiento de mando: la misma comunidad lo ejerce directamente (democracia pura) o indirectamente (democracia representativa). Pero aún en este último caso no se trata de un reconocimiento sino de una delegación transitoria sometida al *referendum* popular por medio del sufragio de los ciudadanos. El reconocimiento supone una calificación previa de ciertos individuos destinados a gobernar por propia aptitud; supone la función gubernativa inherente a una casta determinada por la misma naturaleza y que podríamos denominar estrictamente vocacional. Tal es, p. ej. la casta de los Kshatriyas en la India.

La democracia, por consiguiente, implica el desconocimiento de las castas o sea de las funciones sociales como atributo vocacional de cierta clase de personas. En ese sentido la forma democrática del poder implica una ruptura con el espíritu tradicional de las grandes culturas. Sin embargo, desde un punto de vista teórico, la democracia como forma de gobierno contiene todavía ciertas posibilidades que impiden condenarla *a priori*. El fundamento teórico del sistema conserva, en efecto, un *mínimum* de principios susceptible de producir buenos resultados. Comencemos por declarar que la participación del pueblo en el gobierno no puede negarse cuando se trata de aquellas cuestiones que le interesan privativamente, y

que hasta en la misma constitución concreta del Estado el asentimiento de la comunidad es imprescindible, ya sea expreso, ya sea implícito. No queremos decir que el hecho mismo del Estado, considerado abstractamente, tenga por causa un convenio positivo o un contrato social de parte de los hombres, porque la naturaleza social del ser humano impone la existencia del gobierno como una necesidad incontrastable. Lo que afirmamos, con toda la tradición de la cultura perenne, luminosamente compendiada en el común parecer de los teólogos, es que la soberanía — cuyo fundamento es divino a fuer de exigido por la naturaleza — reside inmediatamente en el pueblo, el cual presta su consentimiento, expreso o tácito, a las personas encargadas de ejercer la autoridad. Pero por el hecho mismo de fundamentarse la soberanía en el derecho natural se deduce que la soberanía popular no es absoluta: no puede hacer caso omiso o contrariar los postulados del bien común o los derechos inalienables de los individuos. Tampoco debemos olvidar que si el pueblo es una realidad primordial, poseedora de derechos y de soberanía informe, también el Estado, abstractamente considerado es una realidad coexistente con su soberanía formal y sus derechos propios derivados de sus obligaciones. Así, el pueblo no puede rechazar lícitamente las gestiones de un gobierno que se justifica a sí mismo mediante el cumplimiento de sus deberes fundamentales, a saber, la promoción del bien común y la protección eficaz de los derechos individuales y sociales anteriores, en el orden jurídico y en el ontológico, a la existencia misma de la autoridad pública.

El reconocimiento de estos principios, indispensables para salvaguardar el derecho común y el orden colectivo, permite considerar teóricamente compatible a la forma democrática con la eficiencia gubernativa. De ahí que la Iglesia se absten-

ga de condenar a los gobiernos legítimos cualquiera que sea su forma.

Pero una cosa es hablar de la democracia de una manera abstracta y especulativa, y otra referirse a la realidad concreta de la misma, especialmente en la actualidad. En este sentido cabe distinguir todavía las aspiraciones democráticas hacia una mayor justicia social, y la nueva expresión jurídica que de hecho reivindica.

Como aspiración de justicia la democracia moderna ofrece, a su vez, un doble aspecto. Mientras por un lado se levanta como una legítima protesta contra las irritantes desigualdades fomentadas por el egoísmo, contra la opresión multiforme de todas las tiranías y trata de realizar la convivencia humana infundiendo un sentido cristiano de la vida, por otro destila el veneno del resentimiento plebeyo y pretende nivelar rastremente las naturales e imprescindibles jerarquías que fundamentan el orden y la armonía sociales. Son precisamente los hombres generosos y de buena voluntad quienes más deben precaverse contra las exhalaciones pestilentes del democratismo plebeyo. Llevados por su noble temperamento sólo advierten el aspecto justiciero del espíritu democrático y consideran prácticamente inexistente el criminal cuchillo nivelador empuñado por la envidia y las bajas pasiones. Y más aún deben advertir la abominable índole jurídica de la democracia actual como expresión política. En efecto, la democracia contemporánea se identifica con el dogma de la soberanía absoluta del pueblo. Ya no se reconoce un derecho natural inviolable, sino que se asigna a la imposición mayoritaria el carácter de un derecho único, capaz de violentar hasta las más sagradas exigencias de la ética y el derecho naturales. Derecho único e identificado en substancia con la fuerza numérica; derecho exclusivamente convencional y positivo; derecho puramente popular: tal es la triple negación del Estado como realidad coexistente con la comunidad y poseedor de derechos específicos; de la moral como norma previa, impuesta por la naturaleza a la conducta humana; y del derecho divino positivo sancionado por Dios y la auténtica autoridad espiritual.

Allí está oculto el germen de la más repulsiva tiranía, porque cuando el derecho llega a confundirse con la fuerza mayoritaria, no hay razón alguna que pueda contener sus caprichos y pretensiones.

Ninguno que conozca el proceso involutivo que desde hace siglos padece la cultura occidental dejará de reconocer que este es el término inexorable a que nos ha conducido el escepticismo filosófico, origen a su vez del liberalismo. Desde que la verdad dejó de ser considerada como una captación objetiva del ser o de las cosas, para transformarse en un simple parecer individual, fué fácil concluir que tanto vale el parecer de un hombre como el de otro. Así se introdujo en la mentalidad moderna esa bochornosa superstición de la tolerancia que no es más que una inaudita indiferencia ante el error o la verdad. De ahí que la democracia, fruto de ese estado de espíritu liberal, identifique la verdad y la justicia públicas con las sanciones mayoritarias y haya renunciado a encontrarlas por el método tradicional que busca la verdad y la justicia objetivas, el esplendor multifacetado de la Primera y Subsistente Realidad.

César E. Pico

LECTURA

Dimas Antuña: *El que crece*. (Editorial Número, Buenos Aires, 1930).

Rafael Jijena Sánchez: *Verso Simple*. (Cabaut y Cía. Buenos Aires, 1931).

Gerardo Diego: *Viacrucis*. (Santander, 1931).

Jacques Maritain: *Religion et Culture*. (Desclée De Brouwer & Cie. París, 1931).

René Schwob: *Le portail royal*. (Grasset. París, 1931).

Hubert Colley: *L'âme de Leon Bloy*. (Desclée De Brouwer & Cie. París, 1931).

Giovanni Papini: *Gog*. (Vallecchi. Florencia, 1930).

G. K. Chesterton: *The resurrection of Rome*. (Hodder Stoughton, Londres, 1931).

